

ACTO DE POSESION DEL ARZOBISPO WISEMAN.

DESEOSO nuestro Santo Padre Pio IX de extender la fe católica en Inglaterra, extirpando de allí el protestantismo, nombró el año pasado, á su vuelta á sus estados un arzobispo para Londres, al cual dió la facultad de elegir las demás dignidades eclesiásticas que faltaran en la Gran Bretaña. La persona en quien recayó tan honorífico nombramiento fué el cardenal inglés Nicolás WISEMAN¹; y este eminente prelado, á despecho del clero protestante logró establecerse en su arzobispado donde hoy se halla ejerciendo su sagrado ministerio. Ahora nos proponemos en este artículo dar á conocer á nuestros lectores las ceremonias de su toma de posesion, mas bien que no informarlos de un hecho que no tiene ya el mérito de la novedad.—LOS REDACTORES.

El viernes 6 de diciembre de 1850, festividad de san Nicolás, fué el día designado para la augusta ceremonia de la toma de posesion del nuevo arzobispo, en la iglesia de San Jorge.

A las once y cuarto abrióse la puerta de la sacristía y la procesion comenzó á ponerse en marcha de la sacristía á lo interior de la catedral. Caminaban por delante cierto número de acólitos vestidos con sobrepellices y llevando bonetes negros, los cuales acólitos, después de hacer

¹ WISEMAN (*Uáisman*); hombre (*MAN*) doctor (*WISE*).

una genuflexion hácia el altar, á la puerta del cancel, prosiguieron de dos en dos en direccion de la nave principal. Seguíanlos un diácono llevando una gran cruz dorada, á cada lado de la cual iba un asistente con una vela encendida en la mano. Tras el diácono venian los sacerdotes de las diversas parroquias del nuevo arzobispado de Westminster. Seguíanlos los sacerdotes de la iglesia de San Jorge, el doctor Doyle, el reverendo padre Cotton, diácono, y el reverendo padre Dannel, subdiácono, todos vestidos de gala.

El cardenal WISEMAN salió luego de la sacristía, acompañado de dos diáconos que iban asistiéndole como á obispo que era, el secretario privado del cardenal, Mr. Wenham y el doctor Cox, del colegio de San Edmundo. El cardenal WISEMAN llevaba puesto un capelo que se quitó luego y no volvió á ponérsele. Vestía capa parva, vestidura muy brillante y rica; cubríanle la cabeza con un palio de franjas de colores, á cuyos lados colgaban unas campanillitas de plata que producian un armonioso repique á medida que caminaban los que llevaban el palio, el que estaba encomendado solamente á los catecúmenos.

En lugar de seguir á la procesion hasta la nave mayor, el cardenal, que conservaba constantemente la actitud de la ben-

dicion, dirigió sus pasos por la nave meridional hácia la puerta occidental, donde la ceremonia de su formal recepcion habia de hacerse. En los países donde la religion católica no está reconocida por las leyes, la fórmula para el acto de posesion de un obispo ú arzobispo es que marche en pompa hácia la puerta de la iglesia y allí sea recibido por el clero; y en los países donde está reconocida la fe católica por las leyes, los empleados civiles y magistrados marchan en procesion á recibirle á las puertas. La ceremonia del viernes, como no pudo pasar de los límites de la iglesia, perdió mucha parte de su solemnidad y esplendor.

Quando el cardenal WISEMAN hubo llegado á la puerta occidental, encontróle allí el clero que habia formado la procesion que habia marchado por la nave central, llevando al doctor Doyle á su frente, con la gran cruz. Por reverencia al símbolo que llevaba, el sacerdote no hizo ninguna demostracion de respeto al arzobispo, pero este dobló la rodilla ante el signo de la redencion que tenia en su mano el doctor Doyle. Luego fué la cruz entregada á un diácono, recibiendo después el arzobispo las salutations del doctor Doyle y demás clérigos. Tras esto presentósele el agua bendita, é incensósele con un incensario que llevaba uno de los sacerdotes de la comitiva. Entonces revistiósele con la capa pluvial y la mitra, y habiendo tomado el báculo pastoral, formóse de nuevo la procesion y se encaminó en el mismo orden de antes á la nave principal de la iglesia.

El órgano, que hasta allí habia estado tocando una música suave, monótona y agradable, prorumpió de repente, con acentos que retumbaban repetidos por cada arco abovedado del magnífico edificio, las notas triunfales de la antifona

Ecce Sacerdos Magnus etc., seguida del coro de aleluya del Monte de los olivos de Beethoven.

Distribuyéronse los sacerdotes, formándose á cada lado de la nave, y el arzobispo WISEMAN, seguido de Mr Bocer que llevaba la cruz arzobispal, se encaminaron á la capilla del Santísimo Sacramento, que se halla á mano izquierda del cancel, enfrente de la de la Virgen. Allí el arzobispo se estuvo un rato ofreciendo algunas preces y cuando hubo concluido volvió á ordenarse la procesion, y por la mampara entró en el cancel.

En aquel momento el espectáculo fué uno de los mas espléndidos é interesantes.

La débil luz de un dia nebuloso de diciembre, podia apenas penetrar por entre las angostas ventanas pintadas de la gótica catedral, cuyo largo y elevado coro, con su concurrencia callada y recogida en una pasmosa contemplacion, estaban envueltos en un opaco y melancólico crepúsculo. El cancel, en el extremo opuesto, resplandeciente con la vivísima luz de innumerables velas que reflejadas por los paramentos de plata y oro del altar y por los pintados muros, y de vez en cuando oscurecidos por las nubes de incienso que se levantaban de los incensarios de los sacerdotes, producía con su contraste un efecto de los mas pasmosos.

Y la emocion de pasmo y temor reverencial subia de punto cuando se llevaba la vista hácia las personas que ocupaban el cancel.

Allí en la grada de delante del altar, se mantenian los sacerdotes que oficiaban revestidos con las brillantes y vistosas vestiduras prescritas en el ritual, es decir la dalmática y el alba, significantes de la pureza del santo sacrificio; el cingulo, insignia de los votos de obediencia y castidad; el manípulo, señal de las presentes tribu-

laciones del sacerdote y fianza de su futuro galardón; la estola y la casulla, recordación al sacerdote y al pueblo de la pasión y muerte de nuestro Señor. A la derecha del altar, estaba asentado el arzobispo sobre su trono, revestido con vestiduras brillantes de oro y extendiendo sus manos en ademán de bendición; mientras en la cruz se formados en el cancel, estaban sentados los sacerdotes de la diócesis con vestiduras blancas, interpolados con varios predicadores, monjes del orden de la Redención, unos cuantos jesuitas y un monje capuchino del orden de San Francisco, cuya larga barba, calva cabeza y tosco vestido a-

trajeron la atención de todos los circunstantes.

El cardenal fué conducido á la silla archipiscopal, á cuyos piés todo el clero prestó obediencia besando el anillo del cardenal en reconocimiento de su autoridad espiritual. Prosiguieron las solemnidades de la misa mayor, después de la cual se dió lectura pública á la bula por virtud de la cual el cardenal WISEMAN quedaba nombrado para el arzobispado de Westminster, concluyendo la ceremonia con la presentación de una carta cumplimentaria al nuevo arzobispo, y una exhortación de este al clero.

ASCENSION AL VOLCAN DE ORIZAVA.

(Traducción del inglés por la señorita orizaveña doña Adela Vallejo.)

(CONCLUYE.)

Deseando yo rectificar la altura que señala Humboldt, tuve la precaución de ir bien preparado en cuanto lo permitían las circunstancias, y con este objeto llevé el mejor barómetro que pude conseguir y que por un cálculo anticipado juzgué capaz de indicarme una altura de más de 300 á 400 piés que la señalada por aquel viajero. También me proveí de una lámpara de espíritu de vino y de un termómetro, con objeto de fijar la temperatura del agua hirviendo; en el viaje se rompió la botella del alcohol y perdimos este; por tanto determiné probar las cualidades combustibles del whiskey. Uno de mis principales objetos al llegar á la cima fué hacer mis observaciones; pero al preparar el barómetro para ellas, se hundió el mercurio de golpe hasta bajo de la graduación.

Estimé la distancia entre la línea más

baja de graduación y la elevación del mercurio en dos décimos de pulgada, que da con las observaciones correspondientes en Orizava á la misma hora, una elevación de 17,907 piés sobre el nivel del mar, lo que demuestra ser este el Pico más elevado de la América Setentrional. No creo haberme equivocado mucho en mi cálculo, teniendo á la vista los medios de comparación, pero aun suponiendo que me equivocase en una vigésima parte de pulgada, tenemos aun una elevación de 17,819 piés sobre el nivel del mar, es decir 98 piés más arriba que el Popocatepetl, á quien generalmente se ha considerado como el punto más alto de Méjico (5,000 metros, ó 17,721 piés según Humboldt). La temperatura estaba justamente bajo el punto de hielo. Mi experimento de hacer arder el whiskey salió fallido. Después de mi regreso á los

Estados Unidos he leído la siguiente observación en la obra de Humboldt. Ocho años, dice, antes de llegar yo á Méjico, Mr. Ferrar midió el Citlaltepétl (Orizava) y le dió una elevación de 5,450 metros (17,885 piés); mi medida hecha desde un plano cerca de Jalapa, es de 155 metros menos (5,295 metros ó 17,377 piés). Se verá pues, que mi cálculo muy poco difiere con el de Mr. Ferrar.

Permanecimos en la cima cerca de una hora, plantamos la bandera de las fajas y estrellas, y la saludamos con tres sinceros brindis, disparamos algunos tiros de pistola sobre el cráter y hacía adentro de él para oír el estruendo que hacían: tomamos algunas señales de aquel lugar, entre ellas azufre puro y otros que contenían cal; vaciamos nuestras botellas y las dejamos allí con cédulas dentro en que estaban escritos con lápiz, nuestros nombres y después de permanecer allí un espacio bastante de tiempo por gozar de la perspectiva que teníamos delante, empezamos á bajar. El día era claro, pero la atmósfera estaba espesa y cargada por por lo que no gozamos de todas las vistas que esperábamos; pero considerando que éramos los primeros que habían visto el cráter, nos dimos por suficientemente recompensados de nuestro trabajo.

Los que llegaron á la cima fueron el mayor Manigault, del 13º de infantería; el capitán Lomax, de los voluntarios de Alabama, el cirujano Banks del ejército de los Estados Unidos, Enrique Rogers, de la armada en los Estados Unidos, un particular de los voluntarios de Alabama, cuyo nombre no recuerdo, un mejicano que empleamos como intérprete para con los indios, y yo; siete de los veinte y cuatro que en aquella mañana se resolvieron á subir entre las cincuenta personas que emprendieron la expedición.

La bajada no nos fué de ningún modo

TOM. II.

tan difícil como la subida, un resbalón en la nieve ó arena nos hacía caminar cien piés, espacio que para subir hubiera requerido otros tantos penosos pasos. Cerca del anochecer llegamos á nuestro campamento, satisfechos sobremedida con nuestro viaje, aunque muy fatigados y sin fuerzas. Todos los que llegamos á la cumbre nos vimos más ó menos atacados de violentas jaquecas, vómitos y hemorragias por las narices. Los paños de sol de que nos proveímos para nuestro viaje nos sirvieron de mucho; pero la cara y con particularidad los labios, nos quedaron tan hinchados y partidos que nos hicieron padecer mucho, y tanto que algunos tuvieron que estarse encerrados por varios días.

A las seis y media de la mañana siguiente alzamos el campo para regresar; los que tenían caballos iban adelante, y por caminar muy despacio, lo mismo que si fuera un paseo y parándose en el camino para coger flores. Llegamos á Orizava á la una del día. A las seis horas y media de haber dejado una región de eterna nieve llegamos á otra donde el hielo no se conoce.

Cuando emprendimos nuestra vuelta, el cielo estaba brillante y claro, y un océano de nubes rodaba á nuestros piés; al pasar entre ellas las vimos perfectamente y sentimos un viento que soplabá con fuerza en las montañas; el cielo se nos ocultó y quedamos como encerrados en una densa niebla, á pocos minutos tuvimos á la vista claro el suelo y nublado el cielo.

A nuestra llegada el mejicano que nos acompañó, pidió y obtuvo un certificado firmado por toda la compañía, de que había llegado á la cima: dijo que sus paisanos no lo creerían, muchos de ellos tampoco nos creyeron á nosotros, aunque un ca-

P.—6

ballero dijo que nos habia visto con un antejo cuando íbamos subiendo; otros se contentaban con decir: "Los americanos son el diablo."

La dificultad de la empresa habia merecido grandes elogios. Ninguno de los preparativos que llevamos fueron necesarios, si no fueron los paños de sol. La arena es el obstáculo mas grande que hay que vencer, y este se puede evitar tomando una ruta mas circular que la que tomamos. Lo que se requiere es paciencia, constancia y una constitucion fisica capaz de soportar la fatiga.

Se habló de formar otra expedicion y algunos de los nuestros que habian ido á esta, hubieran vuelto con gusto á la segunda, tanto por la esperanza de gozar mejores vistas, cuanto para obtener observaciones barométricas mas exactas; pero las alegres noticias de la paz suspendieron nuestros planes y nos hicieron emprender un viaje mas agradable, hácia nuestras casas y amigos.—Washington, julio de 1849.—*W. F. Reynolds*, teniente de ingenieros.

Orizava, marzo 5 de 1851.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

PARA MEJORAR EL PAN.

Una cuarta de onza de carbonato de magnesia, revuelta con la harina de una torta de PAN de á cuatro libras, mejora materialmente la calidad del pan, por mala que sea la harina.

NEVADO DE PAPAS.

Escójanse unas PAPAS (patatas) de las mas blancas, pónganse en agua fria, y cuando comiencen á reventarse escúrraseles el agua, pónganse en un lebrillo cerca de la lumbrera hasta que estén completamente secas y deshaciéndose; restréguense en un rallador sobre el platillo de pescado con que se quiera servir.

Para restaurar los colores de las telas.

La sal volátil ó espíritu de cuerno de ciervo, restaura los colores que se han comido con ácido. Puede aplicarse en gotas sobre la seda sin que la eche á perder en lo mas mínimo.

BARNIZ FINO.

Goma sandáraca, seis onzas; elemi (legítimo), cuatro onzas; ánime, una onza; alcanfor, media onza; aguardiente refino, dos cuartillos; derrítase poco á poco y barnícense con esto los costureros y demás muebles delicados.

PARA LIMPIAR EL CAREY.

Cuando los peines lisos de CAREY han perdido su tez, restrégueseles con piedra podrida pulverizada y aceite, habiendo antes cernido la piedra podrida por un pedazo de muselina. Luego brúñanse con magnesia cernida.

Para impedir la caída del pelo después de una enfermedad.

Aceite de comer, dos dracmas; aceite de nuez moscada ó macias, media dracma; licor ammonia, dracma y media; espíritu de romero, una onza; agua rosada, dos onzas y media: mézclese y úntese esto en la cabeza.

MISCELANEA.

EL AMOR A UNA MADRE.

El afecto filial es siempre el origen de lo bello y de lo bueno. No hay quizá en la Biblia una pintura mas tierna que la de Noemi cuando le suplicaba su suegra que regresase con su propio pueblo:

A donde quiera que fueres, iré; y donde morares, yo tambien moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. La tierra que te recibiere en tu muerte, en esa moriré; y allí tendré el lugar de mi sepulcro.—LIBRO DE RUTH, I, 16 y 17.

—Nunca me casaré con hombre que no trate bien á su MADRE, decia una ocasion una jóven.

—¿Y por qué?

—Por que si no es bondadoso con aquella á quien tanto debe, ¿qué puede esperar de él quien comparativamente nada ha hecho por él?

Esta respuesta es de una profunda filosofia.

El amor filial, venerable como es, rara vez ha sido premiado como en el caso que pasamos á referir.

Gustavo III, rey de Suecia, pasando una mañana por una aldea de las inmediaciones de su castillo, vió una campesina jóven, de interesante aspecto, sacando agua de una fuente que se encontraba á orillas del camino. Encaminó hácia ella sus pasos y le pidió un trago. Al punto levantó la jóven el cántaro y con la mayor sencillez, púsole á los labios del monarca.

—Hija mia, dijo este cuando hubo apagado su sed y dádole con mucha urbanidad las gracias á su servidora, si me quisieras acompañar á Stocolmo, yo procuraria establecerte de una manera mas sonjera.

—¡Ah! señor, no puedo admitir vuestra propuesta. No tengo deseos de verme en una condicion superior á esta en que Dios me ha puesto, pero aun cuando así fuera, tampoco admitiria.

—¿Por qué? preguntó atónito el rey.

—Porque, contestó poniéndose colorada la jóven, mi madre es pobre y está achacosa y no tiene á nadie mas que á mí que la asista y consuele en sus trabajos; y ninguna dádiva de este mundo seria capaz de hacerme desampararla ó descuidar las obligaciones que me impone el cariño.

—¿Dónde está vuestra madre?

—En aquella chocita.

El rey, á quien habia hecho impresion la niña, se dirigió á la choza, y encontró en ella, extendida en una miserable cama, y cubierta con una poca de paja á una mujer anciana y agobiada por dolencias.

—Siento mucho, dijo el rey conmovido, que esteis en una situacion tan lastimosa.

—¡Ay, señor! contestó la venerable anciana, en verdad seria yo digna de lástima si no fuera por esa amorosa y servicial criatura, que trabaja para mantenerme y no excusa nada de cuanto puede aliviarme. ¡Dios se lo pague! agregó enjugándose una lágrima.

Acaso nunca se alegró tanto Gustavo de ocupar un puesto elevado Púsole á la jóven un bolsillo en la mano, y díjole:

—Seguid cuidando con esmero á vuestra pobre madre; que yo me encargaré de que podais asistirla mejor.

A su regreso á Stocolmo, Gustavo designó á la MADRE una pensión vitalicia, reversible á su hija cuando aquella muriera.

BLANCA DE MELUN.



(Histórico.)

EN una de las veces que Luis XI, uno de los monarcas mas hipócritas como de los mas déspotas y disolutos que jamás reinaron en Francia, vivia refugiado dentro de las murallas del castillo de Loches, una noche aconteció que una jóven, hermosa como un querubín, se entró precipitadamente en el mismo castillo, y sin responder á los repetidos *¡quién vive!* de los archeros, se introdujo en los aposentos reales.

Iba la doncella vestida con una simple túnica blanca, sus rubios cabellos se ondeaban por encima de su precioso cuello. Copioso llanto brotaban sus ojos y en su rostro demudado por el dolor se notaba la angustia mas profunda.

Sola, desamparada, atribulada sobre toda ponderacion, corriendo de puerta en puerta, de un cuarto á otro, llamaba en su auxilio, exhalaba gritos que quebraban el alma.

Presentósele un hombre.

—¿Qué quereis? díjole con áspero acento.

—Hablar al rey.

—No se puede ver al rey.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé.

—¿Pues quién sois vos que estais tan bien impuesto?

Y hablando así la jóven, miraba de arriba abajo al desconocido, con ojos de desconfianza y despecho.

—Soy Tristan el Ermitaño.¹

—¡Oh! entonces, idos, ¡idos léjos de mí, miserable! No os llegéis á mí, no me toqueis..... ¡El verdugo! ¡qué horror!.... ¡El que ha de asesinar á mi padre!

Y con esto apartóse la jóven de él. Y volviendo á su insensato ir y venir, subia y bajaba, clamando por el rey por todas partes.

Un acaso fatal la conduce por fin ante una portezuela del mismo color de la pared, ilumínala un instinto secreto, lleva la mano al tapiz.... Una voz de trueno le grita á sus espaldas:

—¡Detente, desventurada!

Vuelve ella el rostro y conoce á Tristan.

Al oír aquella voz odiosa, levanta la portezuela y entra, y el aposento en que pone el pié es el retrete del rey.

Una tapicería triste de terciopelo usado guarnece su circúito; el polvo dibuja por todas partes sus pardos embutidos; las arañas tejen sin ser molestadas sus telas en las esquinas. Encima de una mesa de piés torcidos yacen revueltos unos pergaminos, unos libros, algunos instru-

¹ Tristan el Ermitaño, era el ejecutor secreto de las venganzas privadas de Luis XI; el barbero llamado el Gamo, á quien llegó á dar el título de conde, era el confidente de sus infames amoríos. Ambos pagaron en un patíbulo sus delitos.—RR.

mentos de química, unos crisoles, unos tubos y unas retortas; en un ángulo, sobre una mesita de mármol, descansa un vaso etrurio en que se encuentran dorserpientes, y al lado se ve un gato disecado, cuyos ojos brillan como unos carbunclos. En otro ángulo, cuelga de una cadenita de acero, un cristo de marfil, debajo del cual está un reclinatorio, y al derredor de la mesa, por el suelo, se hallan pedazos de sustancias metálicas, montones de carbon, un hornillo apagado y un alambique roto. ¡Extraño conjunto de devocion, ciencia y supersticion! ¡la alquimia de Nicolás Flamel confundida con la misteriosa expresion de Dios!

Este sitio de estudio y meditacion recibia luz por un respiradero practicado en lo espeso de la pared y situado á ocho piés arriba del piso. Nunca jamás hubieron de penetrar en aquella celda los rayos benéficos del sol; apenas daba allí la luz á través de un enrejado doble de hierro.

Luis XI, acurrucado sobre una esterilla de junco, revoloteaba maquinalmente entre sus manos una gorra de fieltro adornada con figurillas de plomo al derredor. Por la cuenta estaba ocupado en rezar entre dientes su oracion cotidiana.

La jóven doncella en cuanto le percibió, corrió á postrarse á sus plantas.

—¡Señor!.... dijo, y embargósele la voz. Miróla el rey frunciendo el entrecejo.

—¿Cómo os llamis? preguntóle adustamente.

—Blanca de Melun, señor.

—¿La hija del traidor Cárlos de Melun?

Blanca sollozaba sin tener valor para responder.

—Y ¡qué me quereis? respondió Luis XI.

—Señor, la gracia, la gracia de mi padre....

—¡Imposible!.... ¡imposible! rezongó el rey meneando la cabeza.

—Os lo suplico en nombre de Cristo cuya imágen está presente.

—Justo etra Cristo; la justicia reclama el castigo de los traidores.

—Perdonad, señor, como Cristo perdonó á sus enemigos.

—Pero, decidme, ¿sabeis bien qué crimen ha cometido vuestro padre?

Mantúvose Blanca callada, dando lastimosos sollozos.

—Pues voy á decíroslo, prosiguió el rey: Cárlos de Melun, militar de la compañía del almirante de Francia, y capitán de Uson en Auvernia, ha protegido la fuga del señor de Land, que se tenia confiado á su custodia y de quien era responsable con su vida. Habiendo así faltado á sus deberes, y faltado á la fe de caballero, es preciso que muera.

Al oír esta implacable palabra, estremióse Blanca: helósele el corazón, sentíase desfallecer....

—Señor, tartaleó con ahogada voz, ¡piedad, piedad para él! ¡piedad para mi padre, pues nunca nunca ha dejado de ser un vasallo bueno y fiel!

—¡Ay de tí! gritó el rey; ¡ay de tí, locuela, si me ocurre acordarme de tu osadía en penetrar hasta aquí.... Mira, retírate, si quieres que yo lo olvide....

Estaba confundida Blanca. Lloraba la infeliz sin atreverse á levantar la cabeza y sin poder dar un paso.

Mirábala el rey de soslayo.

¡Cuán hermosa estaba! Sus lágrimas, léjos de disminuir la expresion de sus ojos, parecian por el contrario, á manera de unas brillantes perlas, darles mas vida. El candor de su alma se retrataba en su preciosa fisonomía, á que la aficcion contribuía tan solo á dar mas atractivo. En aquella situacion habria sin duda ablandado hasta las piedras si hubieran sido las piedras capaces de oír y contemplarla.

Luis XI recapacitó un rato. Luego, arrastrándose y llegándose junto á ella, levantóle la cabeza; y como si le hiciera fuerza un dolor tan profundo:

—Con que dime: ¿quieres mucho á tu padre? preguntóle.

—¡Si le quiero! ¡es mi padre, mi único amparo, mi única esperanza! ¡mi padre de mi vida! él es quien me ha criado desde niña, quien me ha servido de madre, quien me ha dado consejos, quien me ha colmado siempre de caricias!... ¡Si le quiero!... estoy dispuesta á morir por él. ¡Gracia, señor, gracia para mi padre! ¡Os doy mi vida por la suya, quitádmela!

—No tal; vivireis, dijo Luis XI apretando la cuca manecita de la jóven con su mano acardenalada y huesuda; vivireis, y como lo querais, no morirá vuestro padre.

Levantóse entonces Blanca.

Un relámpago de júbilo inefable iluminó de repente su rostro.

—¡No morirá como yo lo quiera! dijo; ¡oh, cuánto os lo agradezco, muchísimas gracias!... Con razon tenia yo puesta en vuestra clemencia mi esperanza.... Servíos darne vuestras órdenes y decirme lo que tengo de hacer para que me otorgueis el perdon de mi padre.

Agachóse el rey y le habló muy quedito....

La pobre criatura, en su candorosa inocencia, incapaz de vislumbrar el infame lazo que el malvado monarca le tendia, respondió:

—Vendré.

Despidióla el rey con risueño semblante.

—¿Qué será lo que me quiere? íbase preguntando á sí propia la doncella al au-

sentarse del castillo; ¡qué tendrá que decirme?... ¡Ay! haga él de mí lo que quiera, como esté mañana en libertad mi padre.... ¡Luis XI, el rey me ha empeñado su palabra él mismo!

II.

El dia siguiente, al reir el alba, aborujada en un manton negro, medio tapada la cabeza y caminando paso entre paso, bajaba del castillo una mujer.

Llegado que hubo á la puente levadiza, detúvole allí un gran concurso de pueblo.

—¡Mira! gritó al verla una voz; ¡ahí está Juana Malavida! de seguro, esa propia es la dama cortesana del quirio alto, la prostituta del castillo. Ayer al pardear la tarde volvió, y mírala ahora salir de sus holgorios de todas las noches... ¡Bien, muchacha, bien! Pero levanta la cabeza y déjanos ver tu lindo palmito.

Hubo otra voz, otra voz que sobresalió á la del pechero y le obligó á no volver á despegar los labios: la voz del verdugo. Este traía al hombro una hacha, en la mano derecha una cabeza chorreando sangre.

—¡Paso á la justicia del rey! gritó pausadamente con su lúgubre acento.

Entonces la mujer á quien habian llamado Juana Malavida se desprendió su mantilla, se levantó su velo. Era Blanca de Melun.

La desventurada atravesó por en medio del gentío y llegándose al verdugo:

—¡Maldicion! exclamó conociendo la cabeza de su desdichado padre.... ¡Esta es la palabra del rey!... ¡Deshonra y muerte!

(Traducido por E. R. para la Semana.)

